

QUINTA PARTE

LA UNIVERSIDAD ALEMANA

ANTECEDENTES Y CONTROVERSIAS

LA ESCUELA, EL GIMNASIO Y LA UNIVERSIDAD EN LAS OBRAS DE IMAGINACIÓN ALEMANAS.
* ERRORES TRADICIONALES EN EL EXTRANJERO SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LA EDUCACIÓN ALEMANA Y SUS CORRIENTES. * DE CÓMO TEORÍAS DE PRECURSORES EXTRANJEROS HAN SIDO LLEVADAS Á LA PRÁCTICA POR LA ENSEÑANZA ALEMANA.

QUINTA PARTE

ANTECEDENTES Y CONTROVERSIAS

Algunas fases de esa vida en la Escuela, el Gimnasio y la Universidad, cuyas características vengo reseñando, han sido puestas de bulto, con éxito, en la escena alemana y son muestra evidente de la atención que aquel pueblo dedica á los asuntos de la cultura pública. En otros países, tratándose de producciones imaginadas, esos temas se presentan sólo

en el libro, pues la lectura no exige el interés continuado y colectivo que demanda la representación escénica. En Alemania, lo grotesco, lo cómico, lo dramático, lo trágico; la gama teatral entera; fué recorrida con tales motivos. Emborronadores anónimos, hábiles fabricantes de comedias sentimentales y bonachonas; poetas revolucionarios, inventores de extraños dramas filosóficos ó de tragedias modernistas, todo y todos, comentando los medios de educación y enseñanza, tuvieron su representación en el Teatro alemán de nuestros días.

Ciertas obras, cuya popularidad no decae desde hace años, y que traspasaron con fortuna las fronteras del idioma, dan la medida

del hecho: ahí están, entre las más conocidas, *Frühlingserwachen*, *Der Probekandidat* y *Alt Heidelberg*.

En *El despertar de la primavera*, tragedia infantil, como la titula su autor—Franz Wedekind—, se trata, con realismo descarnado, de los problemas que el aparecer de la pubertad lleva á las Escuelas.

Es indudable que en aquellas sociedades donde la infancia va libremente por la vida, lejos del maternal cuidado y en constante mezcla de sexos, se impone desde tierna edad una advertencia de los secretos con que la especie se perpetúa, para que la inocencia no caiga irreparablemente en las redes que los propios instintos y el vicio ajeno le pueden tender.

Se dirá que la solución de tan

delicado problema—que en los países de nuestra raza seguirá siéndolo por mucho tiempo—no puede confiarse á quien, como Wedekind, es autor y actor en ciertos espectáculos, donde, con pretexto moralizador, la pornografía campa á menudo por sus respetos; pero es lo cierto que en esta ocasión ha sabido interesar, y que esta obra es la más humana entre las suyas, no obstante que en ella dialogan los vivos y los fantasmas.

Los amores infantiles, y la deshonra inconsciente de Vendla, y el aborto con que la madre de ésta pretende ocultarla, y la muerte de la niña y el suicidio del novio: todo eso, que sería vulgar si no fuera monstruoso por la edad de los acto-

res y por estar tomado de la realidad; mezclándose á las prematuras perversiones eróticas de algunos diminutos personajes secundarios, y á la inhumana y grotesca pedantería de los maestros que desfilan por la escena en innumerables cuadros, es de una fuerza fantasmagórica y macabra, intensamente vibrante, que hace de *Frühlings-erwachen* la única obra de valor real hasta ahora, en el Teatro deshilvanado y brutal del curiosísimo abastecedor de los *cabarets-concert* del Munich nocturno.

El fondo de la obra, quiere ser fisiológico; los pormenores de la vida escolar, con ser muy interesantes, el de los suicidios sobre todo, no son sino accesorios, y si comprueban algunos detalles de

esa vida de escuela de que ya traté, son incomprensibles fuera de Alemania. No pasa lo mismo con el *Probekandidat*, donde se presenta un conflicto puramente intelectual.

El asunto, que expuesto escuetamente quizá hará sonreír, es el siguiente: un maestro joven, en la lección de prueba que, según práctica, explica á los alumnos de último año antes de tomar posesión de su clase, ateniéndose á sus opiniones científicas, habla de la creación del mundo, sin tener para nada en cuenta la narración bíblica. Colocado por el director del Gimnasio en la disyuntiva de rectificar públicamente aquellas doctrinas ó de ser expulsado, vacila al principio, cediendo á las súplicas de sus padres y de su novia;

pero, llegado el momento, olvidándolo todo, se ratifica ante los alumnos en lo que tiene por verdadero. Su suerte está echada: habrá de dejar familia, patria y ensueños, irá á otra tierra, donde la conciencia y la palabra sean verdaderamente libres.

Sin ser la obra autobiográfica, el autor, Max Dreyer, ha vivido sus personajes, pues ejerció el profesorado en diversos gimnasios antes de dedicarse exclusivamente á las letras. El problema moral que ha llevado á la escena, conducido hábilmente, si bien en ocasiones de un modo bastante declamatorio, le da asunto, aunque parezca imposible, para tres actos, que han quedado de cartel y que son siempre recibidos con aplauso.

Ante un público nuestro, de los que sólo se conmueven con intrigas pasionales generalmente amatorias, la comedia, tal y como está en el original, no habría llegado al segundo cuadro. El alemán, que pasó ineludiblemente por la Escuela, mira con interés lo que en la Escuela acontece, y se preocupa de lo que en ella y en el Gimnasio —*el penal*, como dice Gurlitt que le llaman los chicos— puede acontecer. Hasta el que no llegó á la Universidad ve con simpatía el cuadro, más plácido que verdadero, de la vida universitaria y de las aventuras del príncipe estudiante, que trazó Meyer-Förster en *Heidelberg el viejo*, y que cabalmente, por su agradable é inconsistente frivolidad, han sido traducidas á diver-

sas lenguas y aplaudidas por un público cosmopolita.

Muchas veces se ha dicho, á propósito del Teatro de tesis, que un desenlace no es una solución; pero la solución del *Probekandidat* en Alemania es la única posible, por los motivos que expone, y por otros muy diversos.

Si el Estado tiene una religión —argúyese en la teoría alemana—, lógico es que en las Escuelas oficiales, sujetas á un plan de estudio oficial, no se enseñe nada que con aquella religión pugne: lo único que podrán exigir los padres es que se respeten—y en Alemania se respetan—las ideas en que la familia educa al hijo, mientras éste las puede tener propias. Otra cosa sería si la nación no tuviera religión

oficial, pues entonces la enseñanza lógicamente debería ser neutra. En la Universidad, á la que llega el discípulo educado ya, donde no hay plan de estudios impuesto ni nada que obligue al estudiante á determinadas enseñanzas, y puede escoger al profesor de acuerdo con sus personales tendencias; el Estado alemán ni se mezcla ni quiere mezclarse, en cuál sea el sentido de sus tareas é investigaciones científicas. Tan racional les parece todo esto, como que en otro país de régimen diverso, pero en el cual la instrucción sea obligatoria, se impida que en las Escuelas se enseñe al niño nada contrario á las leyes de la nación, que paga, que debe dirigir la enseñanza sin tolerar intromisión ajena.

El conflicto presentado en el *Probekandidat*, por muy verdadero que sea, no es en Alemania considerado como problema social. Si el profesor de Gimnasio alemán no está conforme con las obligaciones que le impone su puesto —dicen—, es evidente que lo único que puede hacer es dejarlo y buscar otro modo de vivir, como le pasaría con no importa qué profesión cuyo ejercicio estuviese en pugna con sus íntimas convicciones. Es un caso de conciencia como tantas otros de la vida diaria.

Hay lugares comunes que son errores perpetuados. Se ha venido repitiendo en el extranjero—por los mismos que hablaban de la autonomía del docente en todos los órdenes de la enseñanza—que

el maestro de Escuela alemán fué quien venció á Francia en la guerra del 70, sin comprender el sentido y alcance limitado que esta afirmación tiene en Alemania. Hasta ha habido quien supuso arbitrariamente que el maestro venció «por ser mejor, más ilustrado, gozar de mayor estimación pública y de más remuneración pecuniaria que en otros países»²⁹, y no hay

²⁹ «En Alemania los maestros de instrucción primaria—dícese en un informe oficial—disfrutan de magníficos sueldos, tienen habitación, que el Gobierno les proporciona, ó les ayuda á pagar, reciben pensiones vitalicias después de un determinado tiempo de servicios ó cuando alguna enfermedad los incapacita para el trabajo, gozan de altas consideraciones en las esferas oficiales y en el seno de la sociedad, y cada uno de ellos sabe, además, que al morir deja á su esposa un ventajoso seguro de vida y á sus hijos pequeños una corta subvención del Erario nacional.»—«Informe referente á organización y promociones del profesorado alemán, por el comisionado Leopoldo Kiel.» «Boletín de

tal cosa. Como ya se vió, los conocimientos que se exigen del maestro popular son sólo los indispensables, y su remuneración es no ya modesta, sino pobre, y mucho más lo era en aquel entonces. Venció, según la teoría Alemana, porque impartía una educación nacional y con fines nacionales conscientes y determinados³⁰.

Instrucción pública de México», tomo IV, página 1.061.—Cuando estas noticias se publicaban, los maestros á que se refieren tenían 720 marcos al año de sueldo efectivo mínimo, y su categoría era inferior á la de los criados de Ministerio. Sus retiros y pensiones vienen á equipararse con las de los obreros. Véanse las notas de este libro números 14, 15, 17 y 18. La lucha que emprendieron para lograr algunos aumentos está en «Die Lehrbesoldung in den | deutschen Staaten | bearbeitet von | G. Menzel. | 1911.» | Leipzig.

³⁰ Autoridad de mayor excepción es el emperador Guillermo II, quien explicaba así aquel hecho en un famoso discurso de que ya hice

Se ha dicho que la Escuela alemana, por uniformemente colectiva, instruye pero no educa el carácter. Y si la enseñanza alemana, no en sus métodos, sino en sus principios, es colectiva³¹, porque tiende á formar alemanes para la patria alemana, y piensa dados los principios en que se basa, que otros

mención, el pronunciado al iniciar las reformas escolares de 1890:

«En los años de 64, 66 hasta el 70—decía,—la Escuela laboró por nuestra existencia nacional y por nuestro desarrollo. Entonces, las Escuelas prusianas y sus maestros eran portadores del pensamiento de unión, y todo bachiller que salía del Gimnasio para entrar en la vida, ó en el ejército, como voluntario de un año, estaba de acuerdo en este punto primordial: hay que restablecer el Imperio alemán y que recuperar la Alsacia y la Lorena. En el año 1871 se llegó á esa meta. Quedó unido el Imperio, logramos lo que queríamos, y ahí se detuvo la acción.»

³¹ No lo es en sus métodos porque en Alemania, antes que en ninguna otra parte del mundo, se han establecido Escuelas donde los alumnos de enseñanza primaria, según su capa-

sistemas llevados á las Escuelas del pueblo y á los gimnasios serían nocivos para la disciplina escolar, en lo que toca á la ilustración superior es individualista: nada persiste más en la pedagogía alemana, que la máxima de la necesidad absoluta del pensamiento propio y de la propia investigación. Esta

ciudad y grado de cultura, son destinados á formar parte, bien de las clases normales (Hauptklassen), ó bien de las clases especiales (Sonderklassen), divididas en dos grupos: las clases de aplicación (Förderklassen), para los escolares medianos ó simplemente atrasados en sus estudios por causas accidentales, y las clases de ayuda (Hilfsklassen) para los de inteligencia débil. Para los que son abiertamente degenerados existen los Institutos de idiotas (Idiotenanstalten). Con las modificaciones exigidas por las necesidades locales, trátase de generalizar este sistema, ú otro parecido, á fin de que la educación de los niños de inteligencia débil, y de los no completamente normales no comprometa sin provecho el desarrollo intelectual de todos los demás.

gradación es clara y lógica: no se piensa en asuntos científicos, sin haber aprendido á pensar; ni se investiga personalmente, sin conocer el camino que ha de seguir la personal investigación.

Se ha supuesto también que determinados métodos de estudio no son adaptables á la enseñanza de otros pueblos y razas por ser peculiarmente alemanes.

Y lo que dentro de las tendencias expuestas se imagina puramente germánico, no lo es. Alemania, en la comprensión moderna de las humanidades; en el sentido del método en la investigación científica; en el amor á la ciencia pura, independiente á la ciencia industrial, en fin, en la mayoría de los casos que se tienen como típi-

cos suyos, no ha hecho sino perfeccionar y poner en práctica las teorías de pensadores extranjeros. Aceptó la verdad sin pasaportes ni proteccionismos: de ahí su fuerza y su progreso en asuntos científicos. Hay que tener en cuenta que la cultura alemana anterior al siglo XVIII, y durante gran parte de ese siglo, era aún más defectuosa que la de otros muchos países de Europa.

Si se trata, por ejemplo, de las actuales teorías sobre la educación clásica, sus métodos y los apropiados al estudio de las ciencias positivas y á sus investigaciones, hallaríamos quizá las más claras muestras de ajenas fuentes, no en filósofos ni en especiales tratadistas alemanes, sino en los más re-

gocijados y conocidos maestros del viejo espíritu francés: en Rabelais, Montaigne y Molière.

La naturaleza había dotado al Gargantúa de Rabelais de entendimiento agudo, sutil, profundo y sereno. Grandgousier, su padre, quiso que un sabio profesor le adoctrinase, á fin de que la cultura completara la obra de la naturaleza. Púsole en las manos los mejores sofistas, y Gargantúa aprendió tan bien aquellos libros, que era capaz de recitarlos de memoria al revés y al derecho. Sabía calcular la edad de la luna, el ciclo solar, el número de oro y otras mil alambicadas sutilezas. Trabajaba desesperadamente, empleando hasta el vagar en el estudio, y, sin embargo, «su padre se dió cuenta de que

nada aprovechaba, y de que, lo que era peor, se volvía loco, necio, intratable, y se diría que iba embruteciendo». Lo confió entonces á Ponocrates, hombre sabio y prudente. La enseñanza viva sucedió á las prácticas estériles, la observación de realidades á las adquisiciones mnemotécnicas. Profundas lecturas hicieron conocer la antigüedad á Gargantúa, y supo que encontrarla no era hartarse de palabras ni de vanas apariencias, sino nutrirse del pensamiento, que no muere en los escritores de la antigüedad. Esos principios rabelesianos, ¿no podrían tomarse por el más perfecto corolario de los modernos estudios filológicos alemanes?

Tras de rechazar aquel género de estudios, que dejan «la memoria

llena y el entendimiento vacío», dice Montaigne: «No basta que la enseñanza no nos perjudique: es necesario que nos haga mejores», y agrega los siguientes conceptos sobre la investigación personal: «algunos examinan sólo de ciencia, otros añaden el ejercicio de la comprensión, pidiendo el juicio en los asuntos. Estos últimos, me parece, tienen mejor estilo, y aunque las dos partes sean necesarias, y es indispensable que se encuentren juntas las dos; en verdad, el saber es de menos estimación que el juicio, que éste puede pasarse sin el otro, y no el otro sin éste, ya lo dice el verso griego: *¿Para qué la ciencia sin el entendimiento?...* Es necesario no atar el saber al alma, sino incorporarlo».

¿Y dónde mejor elogio de la ciencia, cultivada por los espíritus superiores, que en este párrafo, entresacado del capítulo *Del pedantismo*? «Comúnmente, dedícanse por completo al estudio gentes sin bienes de fortuna, que buscan en ello medios para vivir. Y siendo el alma de estas gentes, por naturaleza, por educación doméstica, ejemplo de la más baja calidad recoge falsamente el fruto de la ciencia; porque ella no basta para dar luz al alma que no la tiene, ni para hacer ver al ciego. Su oficio no es el de dar la vista, sino de educarla; normar la marcha, siempre que se tengan pies y piernas derechas y capaces. Es una buena droga la ciencia, pero no hay droga bastante fuerte para preservarse

de alteración y de corrupción, si este vicio existe en el vaso que la encierra. Hay quien tiene la vista clara, pero no justa, y que, por consecuencia, ve el bien y no le sigue; ve la ciencia y no se sirve de ella. La principal ley de Platón, en su *República*, era dar á los ciudadanos cargo según su naturaleza, pues la naturaleza hace todo y puede todo. Los cojos no son apropiados para los ejercicios corporales, y para los ejercicios del espíritu hay almas cojas; las bastardas y vulgares son indignas de la filosofía. Cuando vemos un hombre mal calzado, nos decimos no será extraño que sea zapatero; del mismo modo parece que la experiencia nos ofrece á menudo médicos mal medicados, teólogos desordena-

dos y, por lo general, sabios menos aptos que hombre ninguno.» Todo pensador alemán querría suscribir actualmente ese paralelo entre la ciencia de *pan* y la ciencia pura.

Y sírvame de conclusión este ataque á la rutina escolástica que irónicamente pone Molière en boca de Diafoirus, hablando de su hijo Tomás: «Puedo decir sin vanidad que, desde hace dos años que se sienta en los bancos, no hay candidato que haya hecho más ruido que él en todas las disputas de nuestra escuela. Se ha hecho temible, y no pasa acto donde no tenga que argumentar extremadamente por la proposición contraria. Es firme en la disputa, tenaz como un turco en sus principios,

no renuncia jamás á sus opiniones y persigue un razonamiento hasta los últimos rincones de la lógica. Lo que en él me place es que siga mi ejemplo y se sujete ciegamente á la opinión de nuestros antepasados y no haya querido comprender ni escuchar los razonamientos y experiencias de los pretendidos descubrimientos de nuestro siglo, tocante á la circulación de la sangre y otras opiniones de la misma harina.»

Esos juicios no eran exclusivos de los autores citados: estaban en la atmósfera de su tiempo, entre el grupo de escogidos, y sólo hubieron de darles forma. Y si de fuera llegaron á Alemania como teorías de precursores, volvieron á su procedencia como realidades científicas.

Alemania hizo acopio de ciencia extraña, pero pronto supo convertirla en propia de modo fundamental y verdadero, y conservando ese algo de leyenda y ensueño con que, al decir de Renán, modificó en ocasiones la sequedad del ajeno pensamiento.